

Los restos de construcción romana del Puente de Alcántara

I

Aunque el objeto de este trabajo no es el de combatir la antigua creencia de que el acueducto romano sirvió a la vez de puente de paso, cosa inadmisibles hoy, será conveniente hacer constar aquí la enorme confusión en que han incurrido todos los escritores al tratar de este monumento y del Puente de Alcántara. Ya Martín Gamero se dió cuenta de esto; mas al intentar su remedio, incurrió en los mismos errores (1).

Amador de los Ríos resume todos los datos y noticias referentes a este asunto reconociendo la falsedad, y trata de reivindicar para los romanos «la gloria de haber erigido fábrica tan importante» como el Puente de Alcántara. Sospecha que en los errores y equivocaciones sufridas por historiadores y arqueólogos influyeron no poco las noticias aportadas por los historiadores árabes; especialmente Xerif El-Edrisi, al decir que el puente servía también de acueducto, pues las aguas elevadas por medio de una máquina hidráulica o *an-naôra* corrían por el lomo del puente, y así entraban en la ciudad sin embarazo (1).

Opino que muchas de las descripciones que se atribuyen al puente se refieren en realidad al acueducto. A éste y no a aquél se ajustan perfectamente los entusiastas elogios que nos parecen exagerados para el puente y no lo serían refiriéndolos al acueducto. En un trabajo preliminar para el estudio de este último realizado por D. Alfonso Rey Pastor, dice que los restos existentes «nos proporcionan elementos de juicio suficientes para asegurar que fué una de las obras más grandiosas de su clase y la de mayor

(1) MARTÍN GAMERO. *Historia de Toledo*, pág. 627.

(2) AMADOR DE LOS RÍOS. *Monumentos arquitectónicos de España*. — *Toledo*, pág. 23.

elevación de los acueductos de la Península, puesto que tuvo por lo menos 70 metros sobre el nivel del río». Teniendo en cuenta lo notable que sería una construcción de esa naturaleza que sólo tiene 10 metros de anchura en su base, nos explicamos que Musa ar-Rasi dijese que «en el Tajo ovo (Toledo) una puente rica et maravillosa; et a tanto fué sotilmente labrada que nunca omen pudo asmar con verdat que otra tan buena había fecha en toda Espanya», Otro autor, citado por Al-Maccari, dice que sobre el Tajo, Toledo «tiene una puente para cuya descripción no hay palabras que basten; es de un solo arco, con un estribo a cada lado, siendo su longitud de 300 brazas y su altitud de 80».

Lampérez, en su obra «Arquitectura Civil Española», al tratar de los puentes en la civilización mahometana, sufre la tradicional equivocación. Después de copiar un texto de El-Edrisi que dice: «Tiene Toledo sobre el Tajo una puente de admirable fábrica y de un solo arco, y el agua corre por debajo de él con la violencia de un torrente»; añade: «Se refiere al de Alcántara. Todos los autores mahometanos lo citan como obra maravillosa, hecha, a lo que parece, en el año 997, en los días de Almanzor. No es el que hoy vemos, según ya se dijo; mas por tener los fundamentos romanos y por aquella descripción de El-Edrisi, puede colegirse que el puente árabe tenía la misma contextura que el actual, con enorme arco central». Esta descripción no corresponde al de Alcántara, que tiene dos arcos por los que pasa el río excepto los meses de estiaje, en que sólo pasa por el mayor, de 29 metros, no siendo el otro de dimensiones despreciable (16 metros), para decir que sólo tiene uno. (Lám. I).

Me afirma más en esto la curiosa observación de El-Edrisi de que «el agua corre por debajo de él con la violencia de un torrente»; esto no puede referirse al de Alcántara, por donde la corriente siempre es suave (lám. II, 1), pero se aviene perfectamente al acueducto construido en un sitio estrecho en que el río, obligado por las orillas rocosas, corre precisamente *con la violencia de un torrente*. (Lám. II, 2).

En cuanto al artefacto hidráulico del extremo del puente que cita este autor, o es mala interpretación por vaguedad de las palabras traducidas, o si realmente se trata del puente, bien pudiera referirse a la *gran anoria* que Martín Gamero supone existió en el torreón inmediato al mismo, que tiene una pequeña puerta en la

parte inferior. (Lám. II, 1). Dice haber leído que allí hubo una gran anoria o artefacto para regar las huertas del Rey. El manuscrito del que toma la noticia expresa haber sido «en otro tiempo esta anoria un gran edificio y que sirvió a esta ciudad para regar las huertas y sotos de la parte de la puente que está fuera de la ciudad, porque hay indicios de un caño que iba por donde están al presente unos mesones que llaman del Panadero y van a salir muy adelante de la Hermita de Sta. Barbula» (1). Considero probable la existencia en tiempo remoto de esta máquina hidráulica, pero no en el torreón señalado (impropio para este objeto), sino en el sitio que ocupa la actual elevadora de las aguas, por estar fundada sobre restos de construcción romana en que no se ha reparado; y bien pudiera ser que la máquina de hoy, al igual que el artificio de Juanelo y el que existió antes de éste, sea la continuación en aquel sitio de un edificio destinado a la elevación de las aguas del río. Confirma esta sospecha el haber visto con motivo del ensanche de la carretera del puente nuevo, una canal descubierta al derribarse el pretil que desde el muro almenado de Alcántara bordeaba el camino de la elevadora. Estaba construída en la parte del muro antiguo que fué aprovechada para levantar dicho pretil, y en dirección de la elevadora al puente (2).

II

El origen romano del Puente de Alcántara es hoy reconocido por arquitectos y arqueólogos como Lampérez, Mélida y Amador de los Ríos. Si hubiera continuado la duda antes existente por considerársele de construcción árabe o por llevar el puente romano a sitio tan absurdo como Safont (3), bastaría hacer constar que, según los técnicos, el sitio preciso para el emplazamiento de un puente por esta parte de la ciudad, es el que ocupa el de Alcántara, y los romanos, tan hábiles en esta clase de construcciones,

(1) MARTÍN GÁMERO. *Historia de Toledo*, pág. 183, nota 9.

(2) No tuve medio ni oportunidad para comprobar si la vertiente estaba en uno u otro sentido, pero el verter hacia la elevadora no tiene explicación razonable.

(3) Es lamentable que así figure en la declaración de Monumento Nacional de las Murallas, Puertas y Puentes de Toledo, otorgada en 21 de Diciembre de 1921.

no habían de equivocarse; siendo sus puentes, según Lampérez, «tan numerosos y *tan bien colocados* que, varias veces rehechos, fueron y aún son base de todos los posteriores planos de carreteras y accesos urbanos».

Además, del mismo puente parten dos vías romanas: la llamada de la Plata, cuyos restos se ven en la ladera del Cerro Cortado, y la vía Galiana, que por el sur del Tajo se dirige a Zaragoza por Alcalá de Henares y Sigüenza.

También confirma la situación del puente romano la puerta de la muralla que le da acceso, y fué descubierta por el pintor Arredondo antes de derribarse la casa que tanto tiempo la tuvo oculta, originando confusiones por llevarla los historiadores al postigo o poterna inmediato al acueducto, llamándola de «Doce Caños», por la parte en que suponían vertía aquél (por desconocer su verdadera altura), y confundiéndola otros con la del torreón de cabeza del puente. Confirma esto un texto de Pisa, que al reseñar las puertas de la ciudad escribe: «Fuera (aparte) de ésta hay otra que llaman de los Doce Cantos, como se baja del monasterio del Carmen para la puente de Alcántara. Esta puerta antiguamente *era más abajo*, en el mismo lienzo de donde al presente está» (1).

Estas confusiones han sido muy frecuentes en Toledo, y se han propagado hasta hoy por falta de estudio directo y por ser más fácil copiar y seguir lo escrito por otros. Un ejemplo de esto nos ofrece la mal llamada Puerta de la Almofala; dicen fué llamada del Vado por dar salida al brazo del río que existió por aquella parte, y Amador de los Ríos añade que «dijéronla de *Cinco Esquinas*». También llegó a pedirse alguna vez la apertura de *tan interesante puerta*. Cuando tuve ocasión de penetrar en la habitación construída en la parte baja de aquella torre, resultó que no existía tal puerta; es, sencillamente, una torre albarrana, idéntica a la del Castillo de San Servando, aunque con paso junto al muro, como tenía la llamada del Hierro (en el Barco de Pasaje), las del Castillo de Escalona y otras. Tampoco puede aplicarse el nombre de Cinco Esquinas a esta torre que sólo tiene dos por ser semicircular su parte avanzada, y sí a la existente en Puerta Nueva: han confundido, pues, aquella torre de la muralla con esta puerta que es la que se llamó del Vado, de Cinco Esquinas y de los Gre-

(1) PISA. *Historia de Toledo*, pág. 22.

deros, bastando el estudio directo de ambas construcciones y de su emplazamiento para terminar con esta confusión.

III

Siguiendo este método de observación y estudio personal, con el cual conseguí en anteriores trabajos aclarar lo relativo a las Puertas de Bisagra y Almaguera, a la cintura amurallada romana y a la situación en ella de la Puerta de Perpiñán (1), procedí a investigar lo que pudiera subsistir de la construcción romana del Puente de Alcántara, en el que me parecía descubrir trozos importantes de la obra primitiva.

Poco nos dicen acerca de estos restos los arqueólogos antes citados. Lampérez, refiriéndose a los puentes de Toledo, se limita a decir que «el de Alcántara tiene fundamento romano». José R. Mérida, en «Arqueología Española», escribe: «De origen romano y con restos más visibles deben ser considerados los dos puentes de Toledo sobre el Tajo; el de Alcántara con un recio arco de 29 metros». Amador de los Ríos, mucho más extenso en su conocida obra, es el único que los describe así: «No son en realidad necesarios superiores esfuerzos, prescindiendo de otras indicaciones, para comprender por el sistema constructivo de los sólidos machones de cantería sobre los cuales voltea el grande arco central del Puente de Alcántara, que siendo aquélla en su zona inferior, casi a raíz de las aguas, la única parte que se conserva de la fábrica primitiva, el viaducto, por más que no ofrezca el mismo aspecto que el tan célebre de Mérida, fué obra originariamente romana».

Muy escasos son, por consiguiente, los restos de la primitiva construcción del puente, según estos autores. ¿Habría sido posible la destrucción casi total de un puente que debió ser una obra perfecta y de los más importantes en su género? Seguramente, no; y creyéndolo así, me dediqué al estudio minucioso del monumento, alcanzando la evidencia de que existen restos importantísimos de la construcción romana en los que no repararon los autores que de él tratan, no sólo por el enmascaramiento producido por los revocos de distintas épocas, sino por no haberse

(1) BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO, núms. XX-XXI y XXXVI-XXXVII.

tomado el trabajo de estudiarlo directamente, empezando por desechar los prejuicios ocasionados por su complicada historia.

Las causas de la ruina o destrucción parcial del puente más han de buscarse en las vicisitudes de los tiempos y el embate de los hombres que en la acción de los agentes atmosféricos. Conocido es el hecho de haber sido minado por orden del Califa Mohammad I en el siglo IX, «derrumbándose con multitud de toledanos en el momento en que éstos, provocados por los de afuera, acudieron a librar sobre él una sangrienta batalla». Que en aquella ocasión, o en otra semejante, fuese cortado o se derrumbase el arco menor, se aviene con lo que muestra su construcción. Sin embargo, la historia de este monumento nos refiere larga serie de catastróficos temporales y avenidas. Aparte del que figura en la epigrafía del puente, los *Anales Toledanos* dan cuenta, entre otras noticias, de la crecida de 1203, «que levó la puent tercer día de Navidad»; la de 1205, que derribó el pilar de la puent en Febrero», y la de 1211, «que derribó el pilar y cayó la puent en Febrer». Y se da el caso curioso de que Amador de los Ríos, que niega la posibilidad de que fuese minado este puente siendo de piedra (y dice que de ser cierto, el hecho debió ocurrir en el de la parte occidental, que era de madera o de barcas), acepta con extraña credulidad pudiera derribarle una avenida del Tajo, y refiriéndose a la de 1205, escribe: «No dicen los anales qué pilar fué el entonces arruinado, arrastrando en pos de sí el grande arco central; mas todo obliga a presumir, supuesta la dirección del río, que debió ser el pilar derecho, en que estriba también el arco menor del lado de la ciudad, el cual, reconstruído nuevamente, si tuvo solidez bastante para resistir, en la era 1245, año 1207, la avenida que cubrió la puerta de Almofada....., careció de fuerza suficiente, quizá resentido en tal ocasión, para contener el empuje de las corrientes desatadas en 1211, en que las aguas arruinaron otra vez aun «el pilar e cayó la puent en Febrer».

Esta excesiva credulidad en la ruina, repetida en pocos años, de un puente que, según él afirma en otro lugar, «por su construcción y *solidez* despertaba la admiración de las gentes, obteniéndose así la certidumbre de que era obra *fortísima*, de labor prodigiosa.....», le impidió comprender que el pilar con tanta frecuencia derribado por las avenidas del Tajo, no es otro que el pilar *caído* y de ladrillo labrado», que cita más adelante al des-

cribir el puente, a cuya torre se dió el nombre de «Baño de la Cava». Ninguna avenida del Tajo, por importante que sea, puede derribar la pila del puente Alcántara, que aparte de su mole cimentada sobre roca, está defendida por agudísimo tajamar, y como es la única parte de este puente que pueden batir las aguas, es absurdo pensar que las avenidas del río pudieran derribarla y arruinar los arcos.

IV

Los restos de construcción romana que a mi juicio subsisten en el puente de Alcántara, son los que describo a continuación:

En el estribo o cabeza de puente de la parte de la ciudad se encuentra una construcción de sillería, cimentada sobre las rocas que forman la escarpa de la orilla derecha del río. Esta obra fundamental, que comprende proximamente la mitad de la altura desde la base a las almenas que rodean la torre, se compone de quince hiladas de sillares de regular tamaño por la parte en que vierten las aguas de la carretera (lám. III), y sobre ella, la obra de mampostería de una de las reconstrucciones, que luego sirvió de base a la torre construida en 1217. Existen aquí, por tanto, tres zonas bien definidas: la fundamental de la obra romana, una reconstrucción anterior al siglo XIII y la torre citada (lám. V). La construcción primitiva de sillería se prolongaba por los extremos hasta relacionarse con la muralla, en forma hoy desconocida, por el sitio que ocuparon los arcos o puertas que comunicaban las rondas con la plaza de armas del puente. En la parte más saliente de este estribo y a sólo dos o tres hiladas de sillares sobre las rocas, una moldura de cuarto de bocel (en parte destruida) sirve de imposta al arco menor, de cuya primitiva construcción subsisten por este lado diez hiladas de dovelas (fig. 1). Al lado opuesto, estribando en la pila con idéntica moldura, la obra romana alcanza hasta la novena hilada de dovelas (fig. 2); sobre esta hilada, dejando un pequeño saliente, empieza la parte reconstruida, que se cimbró hace muchos años por creerse ruinoso, en la que se emplearon dovelas de menor tamaño.

Todos los autores están conformes en que la reconstrucción de este arco se realizó en 1484, fundados en la inscripción que existe en el puente, y Amador de los Ríos escribe: «Adosada, no con

gran pulcritud, al almenado muro que ciñe la torre, a la altura del pretil...., expuesta a la destrucción y allí trasladada desde su primitivo sitio, marmórea lápida, coronada por otra con los blasones

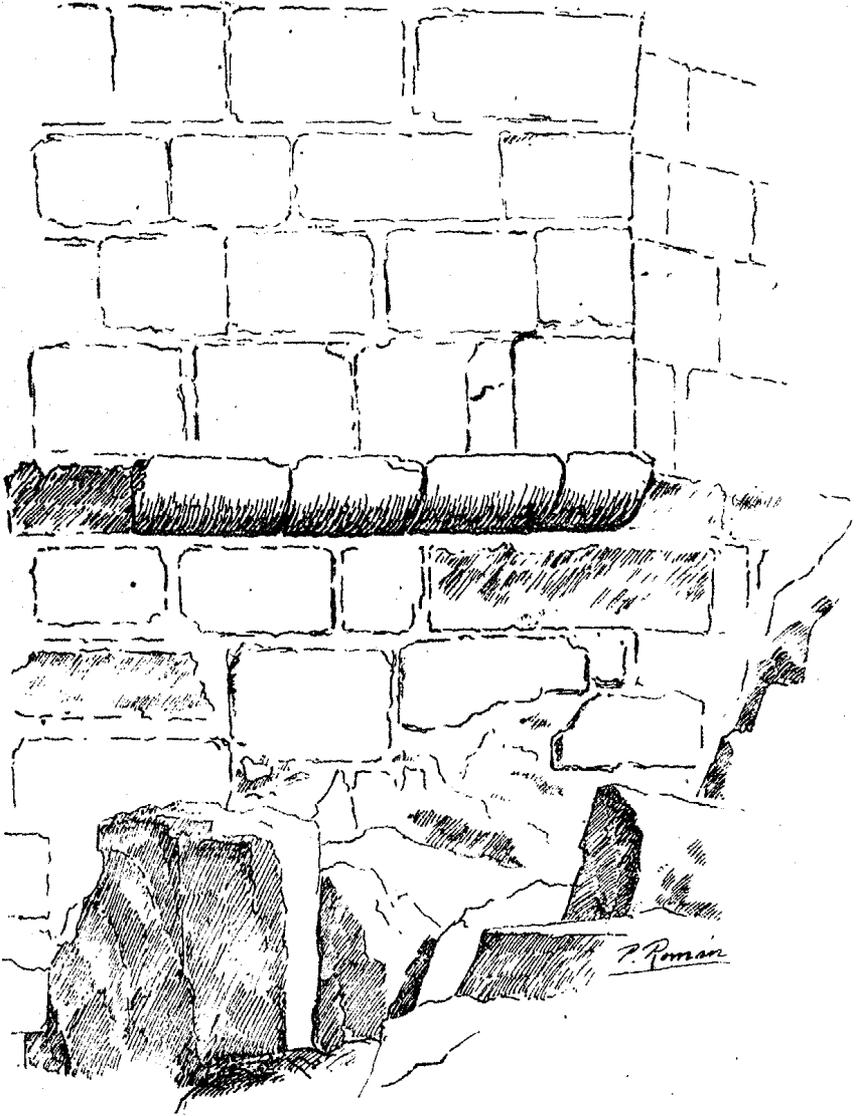


Fig. 1.—Arranque del arco menor.

alternados de León y Castilla..... declara: «reedifícan este arco a industria y diligencia de Gómez Manrique seyendo corregidor de esta

ciudad por su alteza por la cual en dicho año MCCCLXXXIV fueron ganadas de los moros por fuerza las villas de Alora, Solaina y Setenil». Es de presumir que el arco al cual se hace referencia en esta inscripción sea el menor del lado de la ciudad, tantas veces reconstruído; bien que no resulta lícito afirmarlo tan en absoluto como lo verifican los escritores, por ser el documento en que la obra consta trasladado de otro paraje, aunque parece autorizarlo el grande escudo de los Reyes Católicos colocado bajo el matacán saliente de la torre y el relieve de la Descensión que figura sobre la clave del primer arco interior del baluarte». Describiendo éste, añade: «.....revelando de esta suerte que la reconstrucción del arco menor del puente, *efectuada en 1484* por Gómez Manrique, hubo de alcanzar acaso a este frente del torreón, pues pueril antojo habría sido en caso contrario el de reemplazar las armas de León y Castilla, si en tal sitio se ostentaron, con las de Isabel y Fernando, que entonces nada allí expresarían ni tendría significación alguna».

En este caso, como en otros semejantes, Amador de los Ríos, desorientado por los historiadores, no acierta con la verdad. Es-

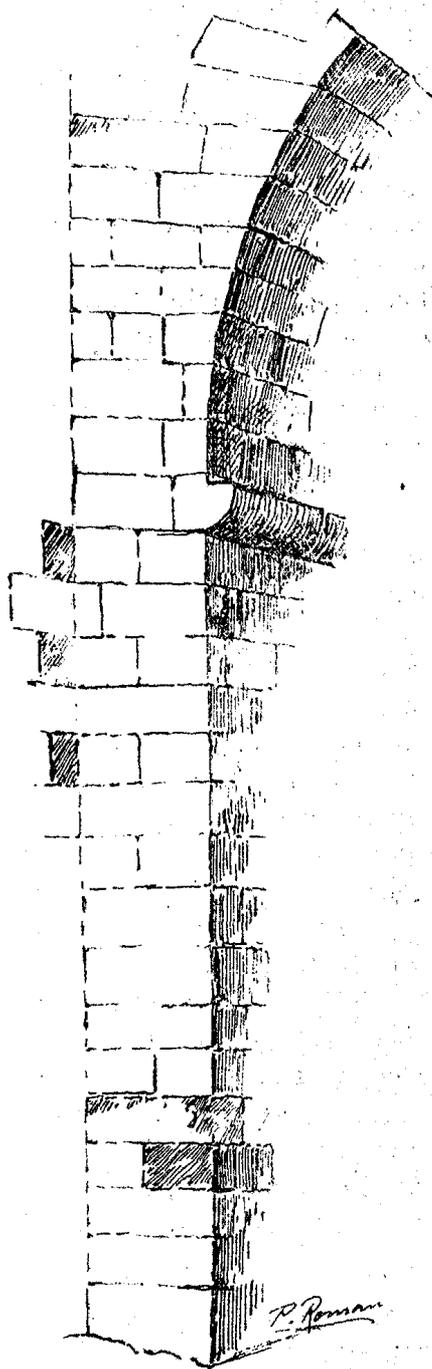


Fig. 2.—Pila hacia el arco menor.

tudiado reflexivamente este monumento, he visto claramente que el arco a que se refiere la inscripción no es el del puente (como se ha venido creyendo), sino el de la torre (lám. IV): por eso se encuentra allí adosada, y no *trasladada* de otro sitio; y por lo mismo, sobre el arco restaurado se colocó el gran escudo de los Reyes Católicos. Este arco, así como el opuesto de la torre, debió ser de herradura, como puede apreciarse por la forma de este último; y las palabras «de medio punto, y en realidad conforme al tiempo, algún tanto peraltado.....» con que lo describe este autor, denotan vacilación (1).

La parte más importante del puente, como es la pila que separa los dos arcos, nos muestra la primitiva construcción en toda su altura por la parte del arco menor, y lo mismo el tajamar de aguas abajo en más de la mitad de su anchura en la base, siguiendo desde allí en línea sinuosa su unión con la parte restaurada hasta la altura de la novena dovela del arco (fig. 3). El tajamar de aguas arriba muestra la construcción romana en la parte inferior escalonada (lám. VII), y presenta la particularidad de que siendo 60 cm. más estrecho que la pila, su paramento forma cerca de ella un ángulo de 140° para unir con el intradós del arco menor, sin que las aguas choquen directamente con la misma. Este paramento intermedio, que tiene escasamente 90 cms. de ancho, alcanza la altura de la mencionada dovela, no habiéndose continuado su altura en la restauración; y pertenece a la construcción romana del arco, como lo demuestra la labra con el ángulo correspondiente que se dió a los sillares que sirven de llave o trabazón. (Fig. 2).

El gran arco de este puente, idéntico a los del célebre de Extremadura por su construcción y caracteres, pertenece también, a mi juicio, a la fábrica romana. (Lám. V).

El estribo frontero a la ciudad sólo presenta su antigua construcción en la parte baja, habiendo sido reconstruído el murallón que lo constituye, en el cual abre el pequeño arco de paso cerca del torreón del extremo exterior del puente.

(1) Los arcos de esta torre, como la generalidad de los baluartes toledanos, eran de herradura los exteriores y apuntados los interiores. Aparte de esto, la restauración se manifiesta en el distinto desgaste de las aristas en la parte reconstruída.

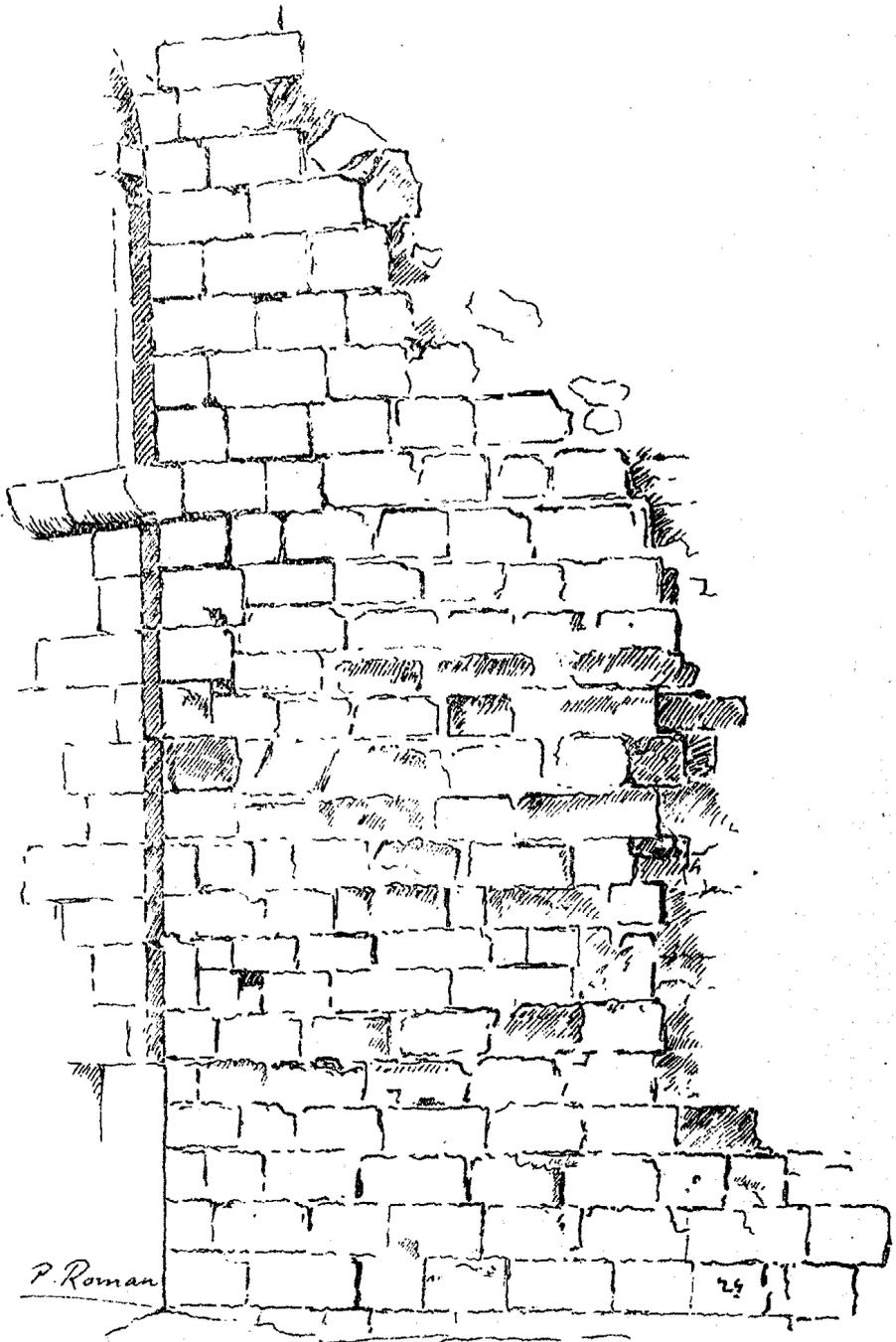


Fig. 3.—Tajamar de aguas abajo por el arco menor.

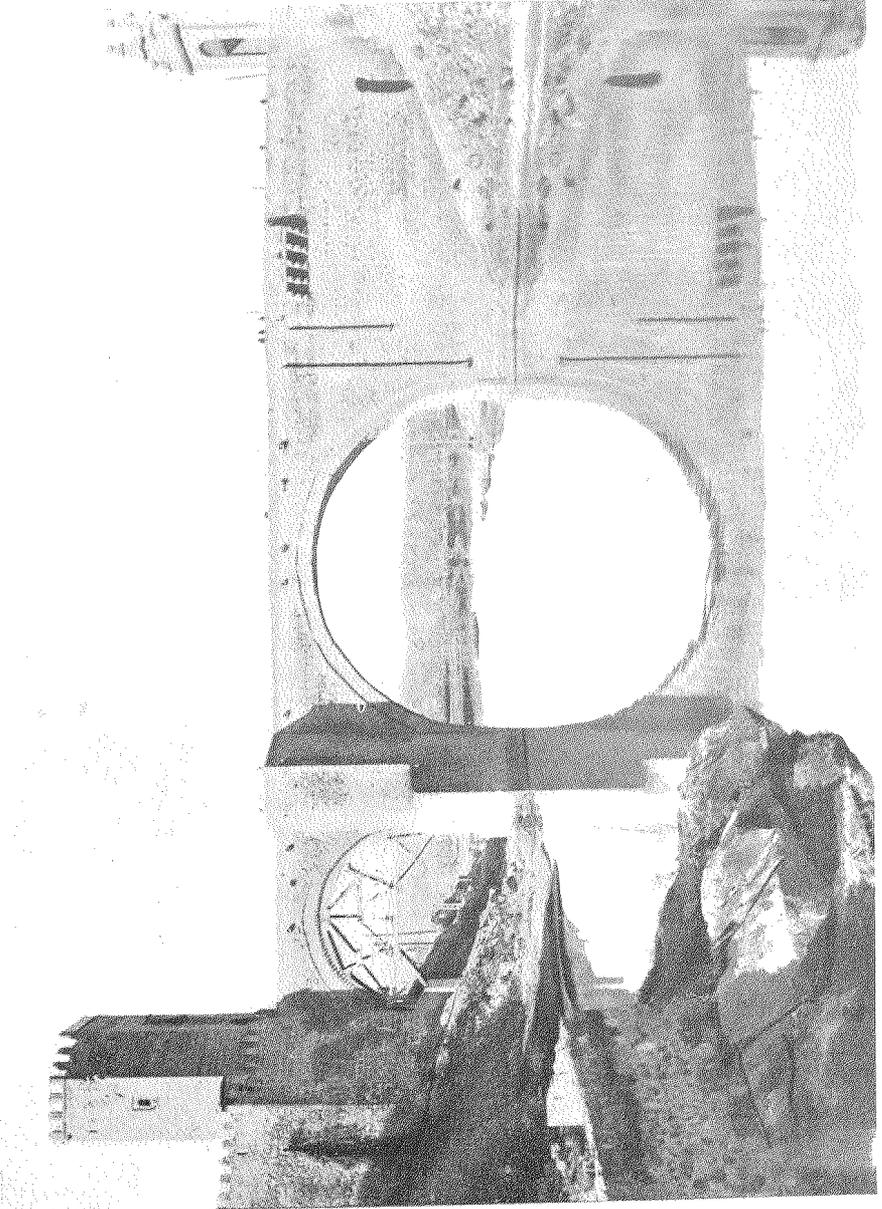
Este torreón, de construcción romana, termina en una moldura idéntica a la citada del arco menor, y sobre él se levantó, en 1721, el arco de ingreso al puente; siendo lamentablemente enlucido con cemento en 1916, haciéndose un despiece arbitrario que impidió todo estudio ulterior. El torreón debió servir de base a un arco de triunfo, semejante al de Bará, del que el actual (prescindiendo del remate) es un remedo. (Lám. VI).

Como elemento complementario del puente, y de su misma época, puede considerarse el malecón construído en la orilla izquierda del río para contener y dirigir la corriente hacia el arco mayor sin chocar con el estribo (lám. VII). Consiste en una construcción de sillería que, apoyándose en las rocas, completa y mejora el dique natural formado por éstas. Su altura debió ser mayor, contándose ahora unas nueve hiladas de sillares sobre el nivel ordinario del Tajo. Las tres o cuatro inferiores están escalonadas en su principio, disminuyendo gradualmente su saliente hasta enrasar con el paramento vertical hacia la mitad de su longitud.

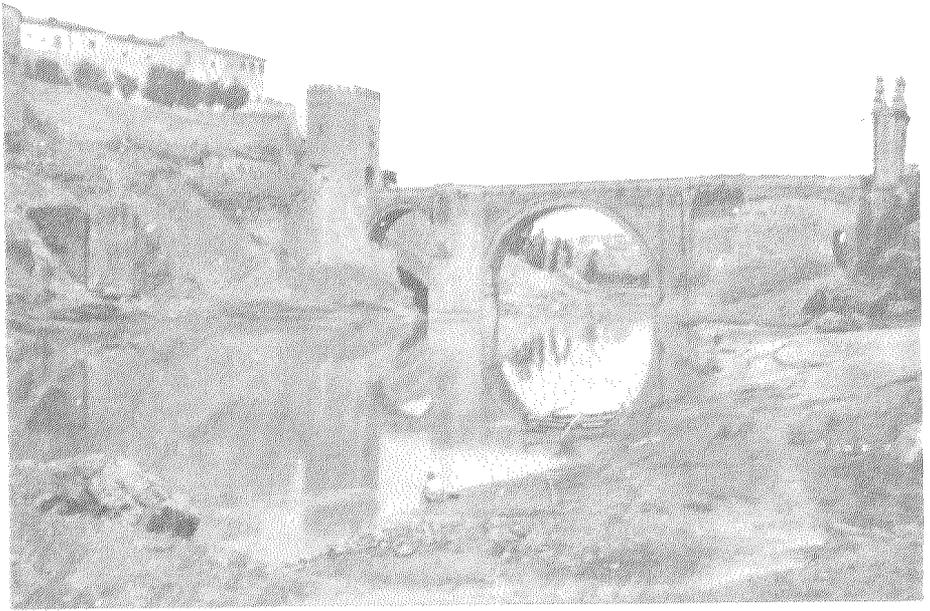
De lo reseñado se desprende, en resumen, que el puente Alcántara (único que existió en la parte oriental de Toledo) no fué totalmente destruído, subsistiendo de la primitiva fábrica romana restos importantísimos; no debiendo considerársele, por tanto, como «una obra del siglo XIII, de arquitectura gótica con elementos mudéjares», como afirma Lampérez, influenciado también por la catastrófica historia del puente, suponiéndole totalmente reconstruído en 1259.

Pedro Román Martínez,

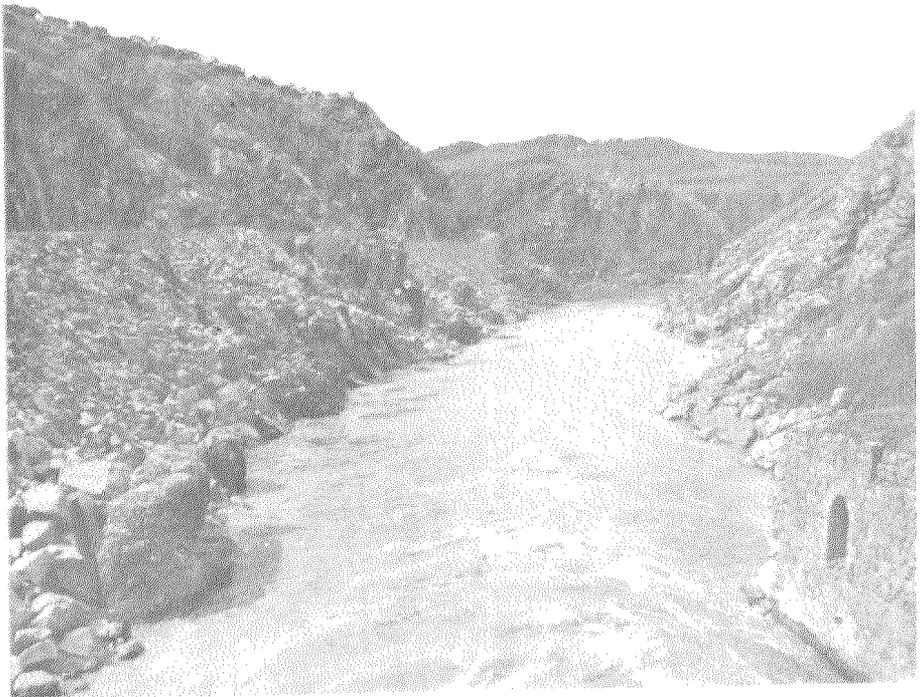
Murcatoris



Puente de Alcántara.



1. — El Tajo, por Alcámará.



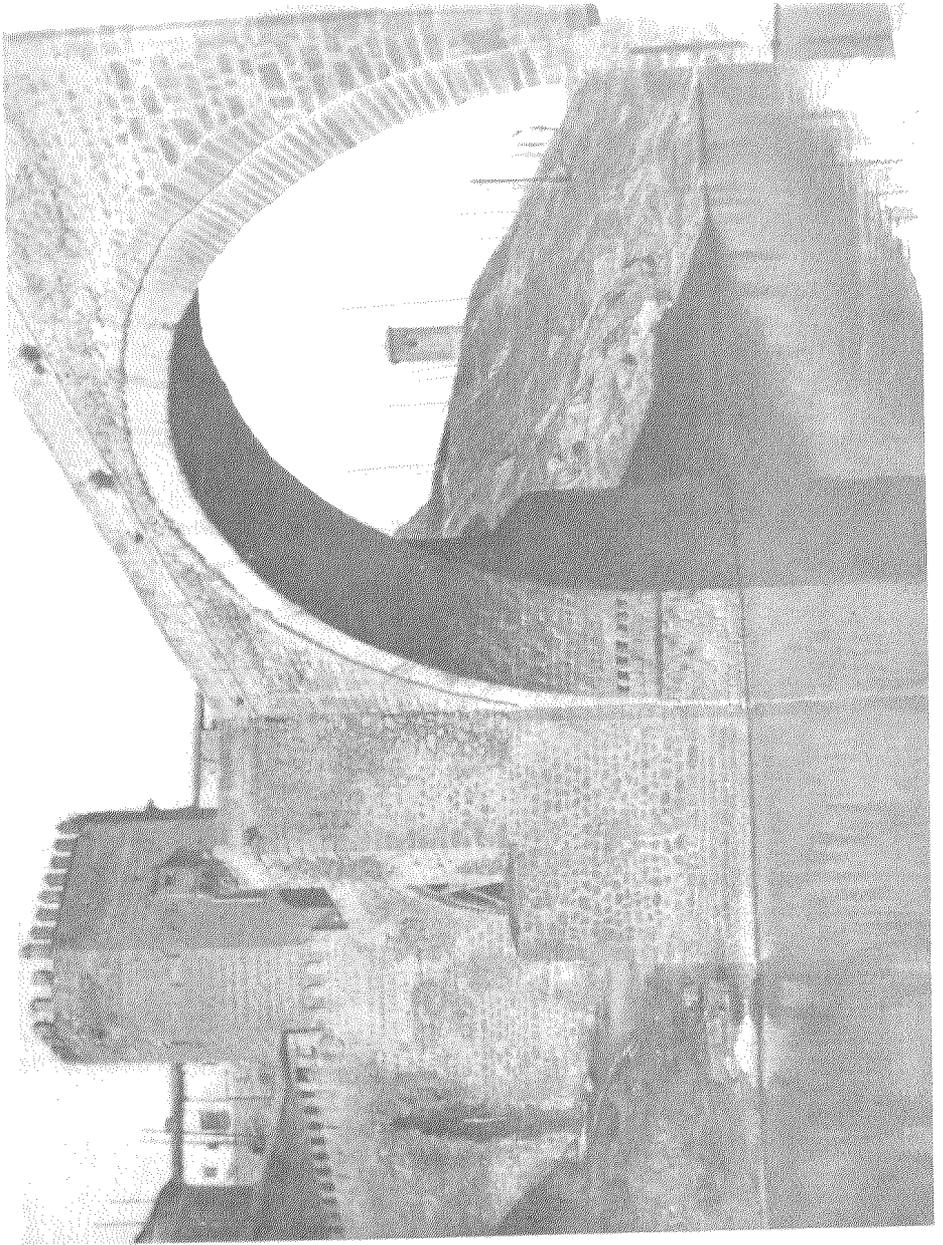
2. — El Tajo, por el acueducto.



Estribo de la margen derecha.



Torre y arco restaurado en 1484.



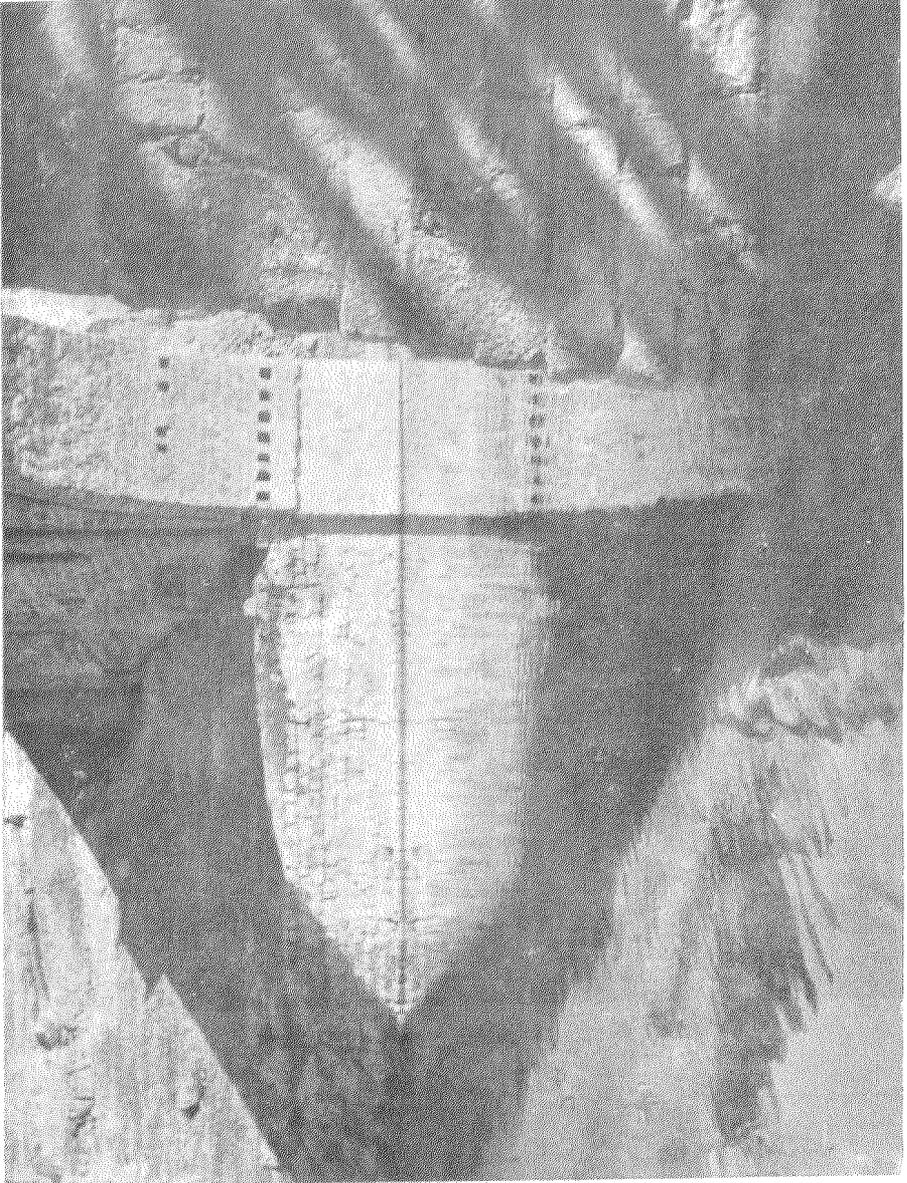
Arco mayor.



1.—Arco de entrada al puente.



2.—Arco de Bara Tarragona.



Tajamar y malecón de la margen izquierda.